

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA LITURGIA DE LA PALABRA DE DIOS

*Estos artículos tendrán como finalidad principal, presentar a sus lectores el 'Ordo lectio-
Num Missae (OLM) que se encuentra al comienzo del tomo I de los Leccionarios, apare-
cido en 1969 y modificado en 1981*

Principios generales para la celebración litúrgica de la Palabra de Dios.

No hay discusión acerca del relieve que el Concilio Vaticano II y el Magisterio contemporáneo de la Iglesia dan a la Palabra y a su celebración. De hecho, dicha Palabra ha sido restaurada en todos los Rituales de los sacramentos, con abundante variedad y riqueza. Ocupa un lugar de relieve, con una entidad propia, y no meramente preparatoria a lo sacramental. El OLM quiere establecer la relación existente entre Palabra de Dios y Liturgia, en la celebración de la Misa.

¿Cuál es el valor litúrgico de la Palabra de Dios? Podemos correr el riesgo de considerarla como mera preparación 'a lo que sigue', que sería 'lo más importante'. No olvidemos que este momento de la celebración eucarística era llamada, en otros tiempos, *ante-Misa*, y que en la disciplina pre-conciliar, la misa *valía* si se llegaba antes de Ofertorio. He conocido a sacerdotes muy celosos de esta realidad, obligar a una familia con cinco niños pequeños (motivo de la llegada tarde) a ir a otra misa porque llegaron durante los 'Kyries' a pesar de lo que dije antes. La misa 'valía' si se llegaba antes del Ofertorio. La liturgia, sitien recibe su clave interpretativa de la Palabra de Dios, sin embargo, también la dimensión sacramental es clave interpretativa de la Palabra, enriqueciéndola con nuevos sentidos y nueva eficacia. La Palabra celebrada en la Liturgia, es un acontecimiento salvífico que hace más significativo el "hoy" de la redención. "Hoy", una asamblea reunida en el nombre del Señor, escucha la Palabra proclamada por el mismo Cristo, en un intento de que la redención se cumpla en nuestra historia, tal como se la vivió en los hechos que constituyen la gesta y la trama de la historia sagrada, historia de las intervenciones de Dios en la vida de los hombres.

En la Liturgia, la Palabra de Dios participa de la sacramentalidad que los signos celebran. La Palabra es algo más que 'palabras'. En la Misa, la Palabra es también alabanza y acción de gracias, es 'eucaristía de Cristo'. Es viva y eficaz como lo es el Cuerpo y la Sangre de Jesús celebrados para la vida del mundo. Es acción de Cristo y de la Iglesia. Es también 'mesa', como es la mesa del Pan vivo bajado del cielo.

¿Qué tiene que ver la Palabra de Dios en la economía de la salvación?

Desde la Creación, Dios ha sido siempre Palabra de Dios comunicada a los hombres, construyendo una historia llena de promesas y de misericordia, frente a nuestras miserias y necesidad de esperanza.

Así como en la Creación, la Palabra de Dios fue eficaz para provocar 'efectos imposibles' (de la nada surgen los seres a la vida, por la fuerza de la Palabra), de la historia pobre de los hombres Dios hace surgir, por su Palabra, la rica historia de un Dios que siempre quiso entrar en diálogo con su mundo y con los hombres.

Cristo 'latía' en la Antigua Alianza, y ese Cristo-latente se hace 'patente' en el NT.

En la Palabra viva y vivificante de Dios, tenemos que descubrir a Jesucristo, Palabra encarnada. Voz de Dios desde siempre y para siempre.

Tanto la Palabra de Dios como el hecho litúrgico, 'recuerdan el Misterio de Cristo y lo perpetúan, cada un a su manera' (OLM 5)

¿Qué lugar tiene la Palabra en la participación litúrgica de los fieles?

La Iglesia quiere dar a Dios la misma respuesta que Jesús dio a su Padre. La Iglesia es la voz de Cristo en nuestra historia. Somos los labios del Señor para seguir cantando las glorias del Padre en el mundo, *las mirabilia Dei*.

La conversación que Dios tiene con su pueblo, no es un monólogo en el que Dios habla y el hombre, pasivamente, escucha, Es un diálogo en que el Señor habla, el hombre escucha y hace suya esa Palabra, y ella es o suficientemente vigorosa como para constituirse en una interpelación que suscita una respuesta. Dios habla y el hombre le responde. En la celebración litúrgica de la Palabra, Dios nos habla y nosotros le respondemos con su misma Palabra. Esa respuesta provocará, a su vez -para no quedar en un mero verbalismo- un camino de vida mediante la puesta en práctica de la Palabra proclamada y escuchada. La Palabra viva de Dios es capaz de cambiar nuestras vidas. Oíós la Palabra y la ponemos en práctica en la vida de todos los días.

En repetidas oportunidades, la Iglesia, desde el Vaticano II, ha querido que los fieles participen activamente en la Liturgia. Esta 'actividad' se expresará mediante palabras y gestos: cuerpo y alma, interioridad y expresión se unirán en una única respuesta. Pues bien: del mismo modo la Palabra llegará a esas palabras, actitudes y gestos humanos y, sin que pierdan el significado propio que les viene por su naturaleza, también adquirirán el sentido que la Palabra de Dios les otorga como un 'súper-significado'. Un abrazo de paz, en la celebración de la Eucaristía será como cualquier abrazo de amigos, un signo de afecto... ¡y mucho más! Ese 'mucho más' le viene de la Palabra tantas veces pronunciada por Jesús: *La paz del Señor esté siempre contigo*. Nadie abraza ni siquiera al mejor de los amigos con tales palabras. La Liturgia da nuevo relieve a los gestos humanos. El Éxodo llevado a su máximo nivel con el Bautismo de Jesús en el Jordán, empapa con su fuerza al agua de nuestros bautismos.

La Palabra de Dios en la vida de la Iglesia

La Iglesia es un Pueblo congregado por la Palabra. Ella es el fermento y el crecimiento que posibilitan frutos de gracia y vocación. Cuando la Palabra de Dios es proclamada en la asamblea litúrgica, los hechos o se narrados y Cristo mismo, se hacen presente de un modo misterioso pero 'real'. La Palabra es 'un lugar' de presencia del Dios que la proclama y que se proclama en ella.

En el anuncio de la Palabra, el Pueblo de Dios significa su identidad y crece en perfección hacia su plenitud. En el rito bautismal se tocaron los oídos y los labios del bautizando, expresando el deseo de que pronto pudiera escuchar y proclamar la Palabra. Con el anuncio y un testimonio coherente con la Palabra anunciada, el cristiano se convierte en el mundo en un instrumento y portavoz de Dios que habla y que quiere sacarnos de nuestra sordera y de nuestro mutismo.

La Palabra de Dios, como la Eucaristía es *anamnesis*, recuerdo y actualización del pasado, pero también es *profecía* que anuncia y anticipa el futuro. Es también

epiclesis donde el Espíritu de Dios activa nuestras pobres palabras humanas, desde la Palabra viva de Cristo.

La Iglesia tiene algo uye decirnos

De la mesa de la Palabra, la Iglesia parte y reparte el Pan de la Palabra. Pero la Palabra de Dios, en sus múltiples sentidos y aplicaciones, necesita que la voz de la Iglesia las refiera a los fieles singulares y a la historia particular por la que atraviesa la Iglesia celebrante. Por eso, un ministro calificado de la Iglesia, toma la palabra y habla. No es cualquier cosa: la homilía está en estrecha relación con la Palabra previamente proclamada o con el misterio que ésta ilumina. Habla como podrían hacerlo los Apóstoles, en consonancia con el pensar de Jesús.. Es una predicación 'sacramental y 'doctrinal'. Es Eucaristía y es enseñanza. Pero en primer término, es acto de culto y de alabanza, es celebración festiva de las maravillas que Dios hace en medio de su Pueblo, pueblo que vive 'de' y 'por' la Palabra. Es también 'palabra didáctica': nos enseña a vivir. Pero debemos considerarla primordialmente como acto litúrgico que, como bendición descendente, santifica a los hombres, y en su verticalidad ascendente, rinde culto a la gloria del Padre.

Surge como lógica consecuencia, que la homilía no puede ser cátedra al servicio de tal o cual ideología, ni del sentir particular del predicador, sino la voz de la Iglesia que no puede dejar de ansiar la Palabra que la llena y que la quiere hacer salir de sí misma.

Palabra de Dios y Misterio eucarístico

La veneración a la Palabra de Dios ha ido siempre paralela a la honra que merece la Eucaristía. Así como en otros tiempos se confeccionaron lujosos cálices y copones, hechos por orfebres de jerarquía, así también se hicieron bellísimos evangeliarios, exquisitamente decorados, no para otra cosa sino para honrar a la Palabra de Dios. Todo converge a la eucaristía, sin que ésta pierda su densidad e identidad propia. Lo mismo ocurre con la Palabra. No es mero preámbulo de la Eucaristía y, sin embargo, en ella será más Palabra que nunca, pues nada hay más elocuente que el Misterio del Cuerpo y la Sangre de Cristo, que incluye en su celebración la mesa de la Palabra.

Las dos mesas, la de la Palabra y la del Pan del cielo, son lenguaje de Dios y alimento. Por eso hablamos de "mesas": se come en la mesa.

Como un río normalmente desemboca en el mar sin dejar de ser río, la Palabra conduce al Misterio eucarístico, logrando allí su plenitud y su mayor poder de diálogo y comunión, constituyéndose ambos en un único acto de culto "con el cual se ofrece a Dios el sacrificio de alabanza y se realiza plenamente la redención del hombre". Somos salvados por la Palabra y por la comida y bebida del Cuerpo y la Sangre de Cristo, fuente de vida eterna.

VP 149

Celebración de la Palabra y acción del Espíritu

El OLM en su N° 9 nos dice que "para que la Palabra de Dios realmente produzca en los corazones aquello que se escucha con los oídos, se requiere la acción del Espíritu Santo, por cuya inspiración y ayuda, la Palabra de Dios se convierte en el fundamento de la acción litúrgica, y en norma y ayuda de toda la vida".

El Espíritu que procede del Padre y del Hijo es 'el motor' o, mejor aún, la savia y la sangre que recorren el organismo de la Iglesia, poniendo en actividad a la Palabra que en su seno se proclama y venera.

El Espíritu está en la base de la celebración de la Palabra, *"logrando la unidad del Pueblo y conduciéndolo al conocimiento de toda verdad"*.

Jesús no está físicamente en medio de nosotros. Sin embargo, es el Paráclito quien obra en las palabras y los gestos de Cristo, de modo que en la Iglesia todo es obra del Espíritu en orden a plasmar en cada hombre y en cada comunidad de bautizados, para constituirnos en sus íconos.

Pero el Espíritu no habla a las masas sino a hombre y mujeres de carne y hueso, con nombre y apellido, cada uno con su propia historia, en el ámbito de la comunidad eclesial.. Habla al corazón de cada uno, de modo que en la Liturgia,

De modo singular, podamos sentirnos interpelados por esa Palabra personal de Dios, que no nos habla sino como se lo hace a personas. Las masas nunca responden y, si lo hacen, es de modo masivo y su respuesta es ininteligible. Las masas a veces, aúllan, pero son totalmente incapaces de diálogo. Las personas y las comunidades sí lo son. Por eso la Palabra de Dios es capaz, desde su capacidad de diálogo, de suscitar gracias múltiples a quienes también habla. Gracias que serán carismas en bien de la comunidad. Gracias que se traducirán en actos concretos, en la vida eclesial, en compromiso y testimonio. El Espíritu vigoriza a la Palabra y la hace 'hoy y aquí' para cada uno de los fieles.

La celebración de la Liturgia de la Palabra en la Misa

La OGMR, n. 33, nos dice que *"las lecturas tomadas de la sagrada Escritura, con los cantos que se intercalan, constituyen la parte principal de la Palabra; la homilía, la profesión de fe y la oración universal u oración de los fieles, la desarrollan y concluyen"*.

Después de esta afirmación, pasaremos a analizar en singular, cada uno de estos tópicos, tal como la OLM nos los proponen. No olvidemos la importancia de este Documento para el estudio de la Liturgia de la Palabra, su Teología y Pastoral.

Las lecturas bíblicas

Constituyen el cuerpo principal de la Liturgia de la Palabra. La Voz de Dios resuena hoy en medio del Pueblo *"y mediante el uso constante de la Sda. Escritura, el Pueblo de Dios se hace más dócil al Espíritu Santo por medio de la luz de la fe, y así puede dar al mundo -con su vida y sus conductas- el testimonio de Cristo"* (Id 12)

Vemos que no se trata aquí del uso esporádico, sino constante. La Palabra de Dios resuena de modo habitual (=todos los días) en la celebración del Cuerpo y la Sangre de Cristo. Esta uso constante produce un efecto primario: hacernos más dóciles al Espíritu y a sus dones..

La Palabra de Dios, activa por el Espíritu, nos convierte en testimonio manifiesto de la vida de Jesucristo en el mundo.

Destaca de un modo claro la OLM (n. 13) el relieve particular que se da al Evangelio, entre todas las lecturas, por ser la voz de Cristo. De aquí que se favorezca, en las celebraciones, el incienso y acompañar la proclamación del Evangelio, con los ciriales al lado del ambón. ¡La luz es iluminada por las luces!

El pueblo, de pie -en la postura del Resucitado, como nos lo decían antiguamente- recibe la Palabra de Cristo vivo, de la mesa del pan de la Palabra, e la que Jesús es alabado como quien 'tiene palabras de vida eterna'.

Si bien la Palabra tiene un gran valor en sí, importa tanto el *qué* al igual que el *cómo* se la celebra. De aquí que los lectores no lo sean sólo en la materialidad de quien lee un texto, sino que deben proclamarlo desde la familiaridad que hayan adquirido en la frecuentación de la Palabra (cf. N.14).

Las moniciones breves tienen un valor grande, en orden a disponernos a una fructuosa audición.

Repitiendo lo que al respecto nos dice la OGMR (n.11), la OLM nos indica que dichas moniciones deben ser "*sencillas, fieles al texto, breves, bien preparadas y adaptadas en todo al texto, al que sirven de introducción*" (n. 15).

Ante una práctica bastante generalizada que desconoce las cualidades requeridas a una buena monición, en primer lugar conviene decir que son útiles, siempre que sean sencillas: no son una homilía y, menos aún, una clase de exégesis bíblica y que sean fieles al texto. No se debe hacer una introducción acomodaticia a lo que yo querría que dijera en texto o a lo que yo desearía que el celebrante predicara. Deben ser breves, *flashes* que nos pongan en sintonía con lo que seguirá. Que estén bien preparadas; salvo que algún 'experto en Biblia' las improvise, que estén preparadas de antemano, para evitar tener que arrepentirme de lo que dije. Deben ser adaptadas en todo al texto, sea que se hagan introducciones a cada lectura o una inclusiva para todos los textos bíblicos. Deben ser coherentes con lo expresado en el texto: las implicancias podrán quedar para la homilía.

Es importante saber que todos los signos de la Liturgia son pedagógicos. En el templo, hay una sola sede, un ambón y un altar.

El lugar propio de la Palabra es el ambón, 'altar de la Palabra', lugar fijo e importante. Nada más poco significativo que un atril. Y lo peor de todo, es que el último lector, después de proclamar su texto, tome el atril como se toma una escoba, y lo esconda detrás de alguna columna. El ambón es un lugar fijo, no móvil, propio a la proclamación. Nada fuera de la Palabra puede ser realizado desde allí (cf 16).

El n. 17 nos muestra la veneración que merece y reclama el Evangelio.

San Agustín realizó esta pregunta a un grupo de catecúmenos:

" -¿Qué es más grave: dejar caer al piso el Cuerpo de Cristo o su Palabra?
(Queriendo decir con esto: 'Escuchar la Palabra y no retenerla).

Él mismo da la respuesta: *Las dos tienen la misma gravedad*"

Con esa expresión vemos la veneración que el santo da a la Palabra: la misma que a una hostia consagrada.

El salmo responsorial

Repitiendo el n. 36 de la OGMR, se nos dice que el Salmo responsorial "es *parte integrante de la Liturgia de la Palabra*" (n.19). Por lo tanto, no puede ser reemplazado por otro canto no-bíblicos, por más bello que pudiera ser, pues el Salmo es tan 'Palabra de Dios' como el resto de las lecturas. Y este momento de la Liturgia es 'de la Palabra de Dios' y no de otra palabra, aun de la más calificada y de calidad literaria. Además, no se trata de cantar cualquier salmo, sino a la respuesta que el Pueblo da a la Palabra previamente escuchada. Por lo tanto, debe haber además,

adecuación entre la respuesta y la interpelación. No se puede cantar un Salmo penitencial como respuesta a una lectura que alaba a Dios y a su Señor, con alegría y espíritu festivo.

Se invita con diligencia a promover en el clero un conocimiento más profundo de los salmos y de su uso en la Liturgia, pues estos cantos tienen un inmenso valor espiritual y la capacidad de reflejar los diversos estados del alma de quien lo entona y del pueblo, en sus momentos de gozo y alabanza, súplica y dolor, reconocimiento y acción de gracias ante los beneficios de Dios y ante las maravillas que, día a día, obra a favor de su pueblo. Son aptos para todo tiempo, y están más allá (como toda la Palabra revelada...) de las sociedades en las que fueron compuestos y celebrados, y de formas de vida y culturas singulares.

La aclamación a la lectura del Evangelio

Es un canto que acompaña a una acción: la de la procesión del diácono o del presbítero hacia el ambón, para la proclamación del Evangelio. El *Aleluia* u otro canto que precede al Evangelio, deben ser cantados por toda la asamblea (n. 23). Un solista o una *'schola'* podrán cantar el versículo bíblico correspondiente. Este rito pone una nota de júbilo particular ante el Señor Jesús que viene a nosotros para darnos su Palabra y para proclamarse y hacerse presente en ella. Estar de pie pone de relieve que aguardamos la presencia de alguien importante que impacta de modo especial en nuestras vidas. Debe ser la expresión alegre de un pueblo que vive el Evangelio y del Evangelio.

La homilía

No es una mera *'charla'* dada por quien celebra, sino parte de la Liturgia: una acción litúrgica. No es *el sermón*. Participa de lo que la Palabra de Dios es en su Liturgia: un acto de culto al Dios Uno y Trino, y de santificación del Pueblo.

La Palabra de Dios juega aquí un papel de primordial importancia: "*La homilía (...) expone a partir del texto sagrado los misterios de la fe y las normas de la vida cristiana*" (n. 24).

Es obligatoria los Domingos y fiestas de precepto y altamente recomendable en los Tiempos de Adviento, Cuaresma y Pascua. Pero podríamos decir que sería muy bueno hacerla en toda Misa con fieles, pues el Pan de la Palabra necesita la voz de la Iglesia, al partirse y repartirse. En unión con la Liturgia sacrificial debe ser "*una proclamación de las maravillas obradas por Dios en la Historia de la salvación o Misterio de Cristo* (Idem; cf SC 35,2).

La homilía puede versar sobre los textos proclamados de la Palabra, o sobre otro texto o rito litúrgico que -como bien lo experimentamos- tienen estrecha relación con la Palabra revelada, dado que ésta los inspira.

En tiempos no muy lejanos, la homilía era el lugar aprovechado para hacer todo aviso parroquial posible, anunciar las kermeses y ferias de plato, los días y horas de encuentro de los diversos grupos parroquiales. Todo esto es bueno y toca la vida cristiana de una comunidad parroquial, pero nada tenía que ver con la Liturgia que se estaba celebrando.

Se nos pide expresamente “*excluir de la homilía los breves avisos que se hayan de hacer a la asamblea, pues su lugar es a continuación de la oración después de la comunión*”(n. 27).

La homilía predicada por un obispo, presbítero o diácono, es un acto sacramental y ministerial que participa de la sacramentalidad de la Eucaristía. En ella, el misterio de la salvación se aplica a una porción de pueblo concreta,, en el hoy-y-aquí de una comunidad eclesial. De tal modo la homilía es una acción de la Iglesia, que tendríamos que poder decir, después de predicada la misma. *Ésta es la voz de la Iglesia, o Palabra de la Iglesia*, así como decimos *Palabra de Dios* después de las primeras lecturas y *Palabra del Señor*, al finalizar la proclamación del Evangelio. De aquí la exigencia a los ministros de ‘no usar’ la homilía para comunicar tomas de posturas personales sobre tal o cual tema, menos aún a o que toca a la política o a los políticos y, todavía menos, para que la homilía sea portavoz de las ideologías de turno.

Un gran servicio al Pueblo de Dios será que la homilía aumente la fe de quienes la escuchan, celebrando el Misterio del pan de la Palabra y del Pan de vida eucarístico. Es un verdadero desafío pastoral que requerirá una inteligencia honda de la Palabra y, al mismo tiempo, una penetración profunda de la vida del mundo y de la comunidad particular que celebra los sagrados misterios y a la cual el predicador se dirige.

El silencio

Algunas celebraciones tienen como ‘guía’ a fieles que creen que no hay que dejar ni un momento libre de palabras y cantos. De más está decir que esto puede ser insufrible, algo difícil de soportar. Para ellos, el silencio es algo negativo, un vacío que, de uno u otro modo hay que cubrir, no vaya a ser que los fieles piensen que los celebrantes están distraídos. He sido testigo, en una Misa que yo presidía, que en el momento de silencio y acción de gracias después de la comunión, en dos minutos un fiel miró u reloj no menos de cinco veces, sorprendido porque ‘nada pasaba’ en ese lapso de tiempo. Olvidan que el ámbito normal donde se deposita la palabra es el del silencio. Si dos o más hablan al mismo tiempo, nadie puede escuchar al que está hablado. Es un hecho humano que ‘cuando uno habla, el otro se calla. Ese silencio es físico-ambiental y espiritual, en los corazones. Dios no entra en inteligencias y corazones ‘ruidosos’.

Nos dice el OLM que “*el diálogo entre Dios y los hombres, que se realiza con la ayuda del Espíritu Santo, requiere breves momentos de silencio, adecuados a la asamblea presente, para que en ellos la Palabra de Dios sea acogida interiormente y se prepare una respuesta por medio de la oración*”(n. 28).

En primer término, profunda receptividad. Después, respuesta en la oración; para esto sirve el silencio. No es mera ausencia de sonidos, sino una actividad: *hacemos silencio*. Se nos recuerda la enseñanza de la OGMR (n. 23), acerca de los momentos en que se puede guardar un instante de silencio: *antes de comenzar la Liturgia de la Palabra*, disponiéndonos interior y exteriormente a recibir a Cristo, que proclamará la Palabra; *después de cada lectura o de todas ellas*, para que la semilla caída en buena tierra comience a germinar; *después de la homilía*, para que la Palabra, explicitada ministerialmente por la Iglesia, ilumine las circunstancias particulares de la Historia de la asamblea y de cada uno de los fieles. Es interesante constatar que la primera de las posibilidades: *Antes de comenzar la Liturgia de la Palabra*, no está en la OGMR sino que es original de la OLM.

La profesión de fe

No hay necesidad de mayores comentarios a lo que la OLM (n. 29) nos dice al respecto: *"El Símbolo o profesión de fe dentro de la Misa, cuando las rúbricas o indican, tiene como finalidad que la asamblea reunida dé su asentimiento y su respuesta a la Palabra de Dios oída en las lecturas y en la homilía y traiga a su memoria, ante de empezar a celebrar el Misterio de la fe en la Eucaristía, la forma aprobada por la Iglesia"*.

Asentimiento y respuesta: receptividad y salida de uno mismo, a causa de la Palabra proclamada. ¡Qué interesante! Se habla de la Palabra de Dios oída *en la Palabra y en la homilía...*

La Oración universal u Oración de los fieles

Es una respuesta a la Palabra de Dios, con la que se cierra su Liturgia. Es una oración de petición, por lo que hay que evitar que la acción de gracias entre en su redacción y, menos aún, que haya peticiones y acción de gracias, donde el pueblo deba dar distintas respuestas (*Te lo pedimos, Señor... Te damos gracias, Señor...*).

Es un momento de ejercicio del 'sacerdocio común' o 'de los fieles. No es un momento para intenciones particulares (*p.ej. Por Pepita que hoy cumple años*), sino universales: por la Iglesia, por quienes nos gobiernan, por los que sufren guerras, violencia e injusticias, por los enfermos graves de la Parroquia, por la asamblea presente que hoy alaba y da gracias en esta celebración (n. 30).

El sacerdote presidirá esta celebración desde la sede (n. 31). El silencio o una invocación común serán la respuesta de los fieles. Conviene no apurar este momento de la Liturgia, para que el pueblo pueda en verdad orar, teniendo como telón de fondo la intención por la que se ora. Conviene que antes de recitar o cantar la respuesta, se haga un instante de silencio, precisamente para orar...

Entre los nn. 32-37 la OLM nos habla del lugar desde donde se proclama la Palabra de Dios y de los libros a usarse

OFICIOS Y MINISTERIOS EN LA LITURGIA DE LA PALABRA

La celebración de la Liturgia es un acto que tiene como 'sujeto' a la Iglesia entera. Pero presidida y servida por sus ministros. De aquí que debamos considerar en la Liturgia de la Palabra, las funciones de quien la preside y las de otros ministros.

Funciones del Presidente

Su misión es conducir a una comunidad orante a su plenitud y máxima capacidad de sacar provecho de los misterios celebrados. *"Se le ha confiado la función de anunciar la Palabra de Dios compartiendo con los fieles (...) el alimento que contiene esta Palabra"* (n. 38).

Es, al mismo tiempo, un oyente de esa Palabra que vive de la misma, y el primer servidor de la Palabra, servicio que se expresará en su proclamación como un acto de culto al Cristo realmente presente en su Palabra viva,

El presbítero puede hacer breves moniciones antes de proclamarse las lecturas (n. 42), en orden a promover la fe de sus auditores y a disponer el espíritu para poner en práctica la Palabra proclamada. Suscita en los fieles actitudes que los muevan a una comunión fructuosa y a una vida de testimonio cristiano, realidades ambas que encontrará en la Palabra de Dios la mejor de sus causas.

Oficio de los fieles

La Palabra viva de Dios y la Eucaristía, alimentan y edifican al Pueblo de Dios en la unidad, en la caridad y la paz. La palabra profética de Dios en su celebración litúrgica, anuncia la muerte y la resurrección de Jesús hasta que Él vuelva (n.4). Esa Palabra interpelará de tal modo la inteligencia y el corazón de los fieles, que provocará en ellos una respuesta. Palabra y respuesta encontrarán su expresión en la comunión eucarística.

Esa Palabra celebrada es, en la fe, Palabra de alianza (n. 45) a la que los fieles tienen derecho, desde su Bautismo. No olvidemos que en rito de *Effetá* se pidió que nuestros oídos pudiera abrirse pronto a la audición de la Palabra, y que los labios del bautizado pudieran pronto proclamarla. El bautizado está deputado al culto divino, y no se le puede mezquinar el tesoro de la Palabra. La disposición interna y la veneración interior harán que la Palabra celebrada aumente en los fieles la vida espiritual y los sumerja en el Misterio que se celebra (Idem), misterio que se hace 'hoy' en la vida del Pueblo de Dios y en la historia personal de cada uno de los creyentes.

'La postura de oyente de la Palabra', lejos de ser una actitud pasiva constituye una inmensa acción: el amor a las Escrituras santas abre la inteligencia para crecer en apertura y receptividad y, al mismo tiempo, ensancha los corazones para abrirlos a la magnanimidad. Además, la Palabra celebrada en una comunidad de creyentes, es causa de fe en quienes la viven (cf n. 47).

De aquí nacen medidas prácticas que cada fiel debe asumir. Se acabó la posibilidad de entrar en el juego legalista de preguntar si la Misa 'me vale' cuando llego unos minutos tarde y no participé en ella 'desde el principio'.

Si queremos hablar de 'obligación, me obliga la Misa íntegra, y la mejor hora de llegar es, por lo menos, diez minutos antes de su comienzo, para que el orden de las disposiciones y todos sus resortes, comiencen a entrar en juego (cf n. 48). La unidad entre Palabra y Eucaristía es tal en la Misa que no podemos celebrarla, sino celebrando dignamente tanto la Palabra como la acción sacrificial. Cada una reclama a la otra y ambas dependen mutuamente, una de la otra. La celebración litúrgica no debe ser hecha 'a los apurones', haciéndolo así menudo favor a un Dios que quiere santificarme desde mi 'tiempo perdido'. Es un acto de total gratuidad en el que debemos dejar que los minutos corran, cadenciosamente, creando un clima contemplativo que sea reposo para el alma.

Ministerios en la Liturgia de la Plabra.

De modo expreso la OLM se refiere *al Diácono* (n.50), para proclamar el Evangelio, predicar algunas veces la homilía y proponer al pueblo las intenciones de la Oración universal.

Al lector instituido (nn. 51 y 52) para las otras lecturas.

Al Salmista (n. 56) para cantar o recitar el Salmo responsorial u otro canto interleccional y el versículo del Aleluia.

Al comentador, llamado comúnmente "guía", que ejerce un verdadero ministerio litúrgico mediante las explicaciones o moniciones que introducen a los fieles a la Palabra celebrada.

La OLM tiene una 2ª parte con dos capítulos dedicados a las lecturas de la Misa,
Los remito a ese texto (HM)